



WILLIAM BLAKE, CANTABRIGIA, 1795
En un momento de su vida, el poeta inglés
se dedicó a la pintura, y en 1800
se le concedió el premio de la Academia
de Bellas Artes.

La madre en los libros

Guillermo Blanco, columnista. Director de Educación de Canal 7, ha escrito "Evolución en Chile" con colaboración con Carlos Ruiz Engler. "Gracia y el forastero", "Cuero de Dama", cuentos y artículos periodísticos en copiosa sucesión.

—Nací y viví mis primeros ocho años en una ciudad de provincias. Los hijos de mi familia y yo nos fuimos a Santiago y me trajeron Taita, no solo metido adentro, sino porque tuvimos la suerte de caer en calles provincianas. Las Heras, una adentro, Lascarria. Pero era impotente, porque la intimidad no quedaba encerrada entre las paredes de la casa; se abría, atravesaba a los gentes, otros lugares.

Y una tula está, la presencia muy próxima de mi madre. La oboña el que yo fuera hijo único. En que recibí de ella, no sólo en una envoltura. No era un libro. Y cuesta de olvidar. Pero comprendo. Me entregó la palabra. No porque me "enseñara a hablar", sino porque me hizo entender que había palabras tan profundas que en cada una cabía una guerra.

Un ejemplo, me doy. "Tú eres un hombre que muere". Supe desde el principio que no era un hombre acostumbrado a morir. Era un hombre. Era lo que yo iba a ser. Después lo entendí aún mejor: nacerme y vivirme para construirnos a nosotros mismos. No hay, casi, un acto indiferente. No hay —como escribiera Don Quixote— una línea que pueda borrarse.

Y luego, en el nombre vienen el gusto, la actitud, la manera de ver, que se heredan del abuelo y lo abuelo. Mis abuelos fueron españoles, de esa nobleza que no dejó en ningún caso. El hermano, Santos Martínez, se dedicó al comercio y llevaba sus propios negocios y quizá algo más —en comprar libros. Una inmensa biblioteca que se le metió en el alma. Escribía verana, hablaba y pensaba hermósamente. No lo conocí. Me lo entregó mi madre, junto con el nombre que debía cuidar.

También ella me enseñó a mirar las cosas dos veces y ver lo que llevan dentro. Un punto era un mundo de ternura y un reflejo de mi mismo. Aprendí a reconocerme en mis peros. A contemplar la flor, el campo, los árboles de mis aceros. No sé por qué, todo eso se me tradujo en palabras. Muchas bonitas palabras castellanas. Me enseñó a leer, pero un leer que no consistía en juntar letras para entender, sino en juntar ideas para comprender. Supe, por ella, enamorarme de los libros y tener detrás a los rufeses, la vida. Hay libros que he visto con ojos, intensidad que tanto tiempo van



los. Y en fue una equivocación; eran reales, era una realidad más profunda que el que hacer diario.

Pedro Salinas dice que el hombre toma posesión del mundo cuando aprende los nombres de las cosas y los seres. ¿No es cuando los bautiza, como Adán? ¿Por qué yo lo vi tan bien antes de captarlo? Porque mi madre lo había recibido de su padre tal vez sin recibirlo y me lo transmitió sin transmitirme tal vez. Quiere decir deliberadamente, pero con pedagogía por omisión, siempre. Quisiera.

Después, cuando escribí mis primeras cosas, ella las leyó. Se las informó a amigos y parientes. Denudando de nicho y de orgullo. ¿Cómo sufrí y gozaba esas lecciones? Me las pensaba entonces. Me hizo tanta. Sentí con él el entusiasmo y el horror que luego me provocaron cada libro mío, cada artículo, el salir de la infancia. ¿Me entendieron? ¿Dijeron mis palabras lo que les había encomendado? ¿Moría el silencio? ¿Y si qué quería con mi nombre? ¿Por qué escribiéndolo, cubriéndolo?

Al principio de esos hechos, tipos a quienes les importa el mundo. A mí también me importa el mundo. Es una responsabilidad tremenda. Sentí que si publicaba un libro, no sólo, una vez calibrando y corrigiendo —no desahogándose—, sino con un ojo —y que mira de nuevo, es indispensable. Es toda una actitud frente a la vida.

¿Qué más? Ah, sí: a la escusa del estímulo, la sujeción la de una crítica implacable. No he escrito nada ni casi nada que lo considere. Nada de lo que me gusta. "Está completo". Eso, además de ser verdad, es misteriosamente estimulante. Porque supo sintiendo el deber de construir mi nombre, de encajonarme a mí mismo. El ser, todavía soy joven, pasando los años. Y sé aprendiendo a mirar y leer, una mi lenguaje.

No se a esta respuesta la pregunta. No se si podía responderse. No sé si existe una forma de hacerla que como quise; a veces, la otra respuesta —la más amplia— está en lo que he escrito, en lo que espero escribirme, en lo que deseo, inevitablemente, en el futuro.

La madre en los libros [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La madre en los libros [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile